

Un día en la vida de Silvestre Panador

CAPÍTULO 5

La fábrica

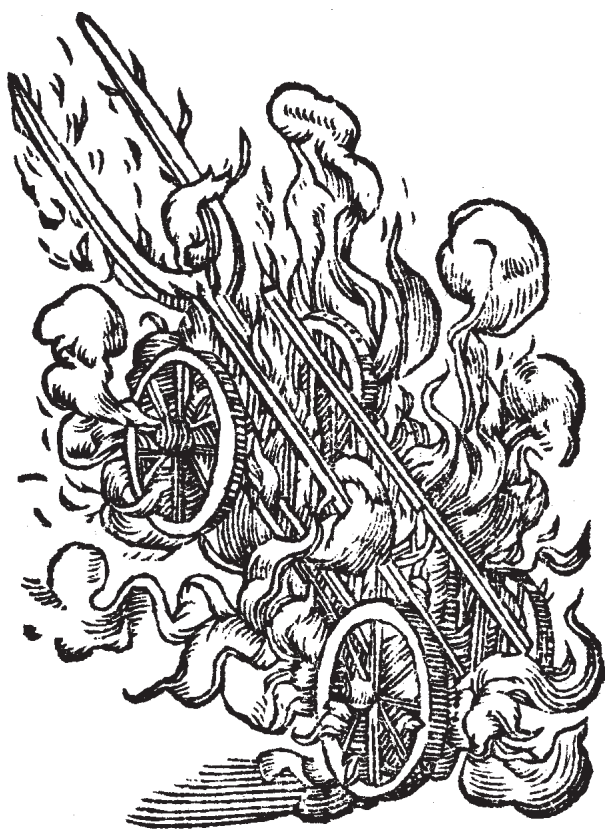


Julius Güémez

(Septiembre-Octubre 2002)

Capítulo 5

La fábrica



Con el estuche de los termómetros bien apretado bajo el brazo, Silvestrín se dirigie hacia la parada de autobús más próxima –donde

tiene intención de preguntar qué autobús debe tomar para llegar a la fábrica de Nescafé—, aunque debido a su consuetudinaria costumbre de desplazarse siempre a pie a lo largo de las calles y avenidas de la ciudad —lo que además de ser barato constituye un sano ejercicio y contribuye a un saludable movimiento cardíaco, muy apreciado por su médico de cabecera—, y a su natural despistado, propio de científicos, no tiene ni la más remota idea de por donde puede quedar.

Los primeros transeúntes a los que aborda con civismo y educación se alejan de él sorprendidos, casi asustados, proceder que intriga sobremanera a Silvestrín, acostumbrado a un intercambio espontáneo de información con amables desconocidos en las calles de la urbe, característica de la afabilidad y calor humano de sus gentes reconocida por propios y extraños. Pero pronto repara en que es su aire agitado, tenso y ansioso, su pelo revuelto, a la par de que cuando habla agita el estuche de los termómetros con evidente peligro físico para el interlocutor, el que aleja a las personas a las que intenta interrogar sin conseguirlo. Finalmente, se sosiega, se atusa el cabello como buenamente puede, se limpia la cara con el pañuelo y se dirige a un guardia municipal que allí cerca se encuentra observando el rápido caminar de las gentes. El traje mal planchado del sin duda probo funcionario de la policía local y su faz mal encarada mientras observa sin disimulo algunos cimbreantes movimientos femeninos no auguran nada bueno a Silvestrín, pero que no tiene otra opción que preguntar al servidor de la ley.

Después de presentarse debidamente y de las venias y parabienes a la autoridad por aquel íntegro y desastrado funcionario representada, logra enterarse de que la parada de autobús más próxima para llegar hasta la fábrica de Nescafé se encuentra dos calles más allá, cerca de la estación de la Red de Ferrocarriles Españoles —recientemente unificada por el Caudillo, símbolo de la nueva España, Una, Grande y Libre, a la que esta magna red acerca a sí misma en su enorme vastedad—, sin que haya necesidad de que se persone en la inexistente, palabra recalcada por el guardia, estación central de autobuses. El tono jocoso y de extrema familiaridad y confianza en el trato del funcionario de la policía local, con un tuteo displicente en su respuesta, choca a la recta mentalidad de Silvestrín, aunque recuerda entonces que la última promoción de la policía municipal se ha nutrido de un abundante grupo de licenciados en filosofía y letras sin posibilidades de ejercer en sus nobles especialidades, por lo que sospecha que se puede tratar de un caso de una vocación frustrada y otra encon-

trada. Se aleja mohíno Silvestrín , viendo que algunos intelectuales no aprovechan las oportunidades para enmendarse que el régimen del Caudillo –cuya estatua ecuestre en mitad de la plaza del ayuntamiento sirve de zona de reposo a las abundantes palomas, cuyos detritus proporcionan una pátina blanquecina a la gallarda figura militar– les brinda.

Pero pronto se regocija cuando observa alborozado Silvestrín al llegar a la parada señalada por el municipal que el sujeto con el amplio sombrero que ha visto huir tras agredir con violencia casi homicida a Bezno de Cúbil, se encuentra también esperando ansioso en la parada del autobús, moviéndose el susodicho sujeto nervioso con grandes zancadas a lo largo de la marquesina, y con el precioso paquete bajo el brazo, pormenor éste que trae un poco de sosiego al espíritu de Silvestrín siempre propenso al sobresalto. El tipo, bastante enclenque, debe ocultar su calvicie bajo el sombrero, pues excepto el poblado bigote, no se le observa ningún pelo en la cabeza.

Mientras sopesa fríamente Silvestrín la mejor forma de abordar al taimado sujeto, con las ventajas e inconvenientes de una acción directa por sorpresa contra el tipo de los termómetros, opta por retrasar una acción cuya ejecución se presenta, en cualquier caso, tan comprometida. Silvestrín se encuentra vigilado a su vez de cerca por el sonriente policía municipal que le ha seguido, sin disimular sus intenciones de vigilarle de cerca, hasta la parada del autobús. Dando tiempo a que su mente urda un plan astuto con visos de éxito para recuperar el atado con los instrumentos científicos, el autobús que ha de conducirles hasta la fábrica llega en ese preciso instante. Un anuncio a lo largo de todo su lado de estribor encomiando los aromas del café instantáneo de la marca que lo paga dan un toque moderno al vehículo. Una hermosa joven, que parece disfrutar sobremanera de su cargado café mañanero, sonríe a Silvestrín desde la pared del autobús embutida toda ella en un ceñido vestido rojo que no da lugar a adivinar las marcadas formas de la joven degustadora. Un cura que también espera el autobús lanza algunos improperios al observar la lujuriosa asociación de la carne y el café mientras algunos silbidos proletarios hacen aprecio de la mercancía visual.

El vetusto carruaje, pintado de un color rojo ladrillo mate, consta de dos pisos y es un modelo que fue muy popular en el Londres de los años treinta. La entrada, por la parte posterior del mismo, coloca en fila de a uno a los usuarios ante el expendedor de los billetes, que corta los mismos de un grueso macillo con la ayuda de un ingenioso

dedal de caucho con pequeñas protuberancias que humedece cada cierto tiempo en una esponja pequeña con agua –lo que le evita oportuna e higiénicamente utilizar su propia producción de saliva para tal tedioso menester–, forma ésta de proceder que denota el alto sentido de la preservación de la salud pública que la empresa municipal de transportes da a la expendición de billetes de autobús. Los carteles que rezan ‘Prohibido escupir’ a lo largo de todo el autobús reiteran este sentido higiénico.

La multitud, que hasta ese momento ha guardado una incierta cola, con constantes incorporaciones por su extremo inicial débilmente protestadas, se lanza como una masa informe al asalto de la puerta trasera del autobús. Ante los ojos horrorizados de Silvestrín, sus impacientes conciudadanos se entregan sin sonrojo al poco edificante, y poco caballeroso, espectáculo de intentar colarse en la mismísima cola del autobús, intolerable actitud que afea a los tramposos sin que éstos, cura incluido, se den por aludidos. Los hombres avanzan a trompicones y las mujeres se abren paso a codazos, mientras la marabunta va adentrándose poco a poco por la puerta posterior del autobús. Embutido como puede, protegiendo su precioso estuche colocándolo en vertical al suelo y pegado a su pecho, es llevado en volandas e introducido por la multitud en el autobús, que arranca finalmente cuando el cobrador da los gritos de rigor –“Tra palante Venancio, que jastamos tos”, resuena atronador–, aunque Silvestrín no es capaz de entender las claves de los mismos.

El cobrador, sentado en un lugar elevado y teniendo ante sí diversos macillos de billetes con las diferentes combinaciones de entradas y destinos, hace valer su autoridad como comandante del autobús –lo que avala su uniforme azul oscuro con ribetes dorados y su arrugada gorra de dudoso lustre militar–, y con voces recias y marciales exige que la gente vaya avanzando a la vez que urge con voz tonante a los usuarios del transporte municipal a preparar el importe exacto del billete que vayan a solicitar, so pena de incurrir en falta grave cuya punición incluye desde la no devolución de las vueltas hasta la expulsión en marcha de quien se atreva a presentar un billete de cien pesetas para un trayecto que importe una. Silvestrín, así requerido por tan exigente como amenazador individuo, urga en su bolsillo para intentar encontrar una peseta que sabe con certeza que lleva consigo escondida en alguno de los pliegues más íntimos de su pantalón.

Las prietas y compactas filas le llevan hacia el implacable y enfadado cobrador como si fuera conducido flotando sobre un río de

lava. El evidente y justificado enfado del cobrador es debido a que un pasajero, con todo el aspecto externo de despiste y desaliño de alguien cuyas facultades motoras están alteradas y faltas de control y cuya titubeante capacidad expositiva verbal está claramente afectada por el alcohol, se ha dirigido hace un momento a él con el familiar apodo de pica-pica, lo que después de producir la hilaridad del pasaje ha dado lugar a que el mal nombrado cobrador se haya levantado como movido por un resorte y haya lanzado un ataque contra el osado pasajero con el aparato agujereador de billetes, el propio pica-pica en exacta denominación del instrumento perforador esgrimido como objeto apuñalador, y éste, desmintiendo con su gran agilidad para salir pitando la impresión de torpeza anterior, ha esquivado el golpe y se ha perdido en las profundidades del autobús, dejando al cobrador picando y apuñalando en el vacío.

El movimiento reptilíneo y ondulante que ha imprimido Silvestrín a su cuerpo para buscar entre sus entretelas la escondida moneda de peseta, el estuche de los termómetros –inoportunamente agarrado con fuerza entre sus piernas–, largo y estrecho en esta angosta circunstancia, ha originado el que la guapa joven de sinuosa figura que se encontraba a su frente haya sentido espantada cómo un objeto de sospechosa turgencia y longitud se introducía entre sus bien torneados muslos a la vez que dicho protuberante objeto pugnaba con denuedo por levantarle la falda, hasta acabar consiguiendo acceder a rincones recónditos de titularidad muy privada y cuyas braguitas apenas han podido proteger del acoso inconsciente pero tenaz del paralelepípedo. Como movida por un resorte –y justamente indignada ante tamaño tamaño y tamaño propasarse, que una cosa es un seno apretado al tuntún por ávida mano masculina en un bache en un autobús abarrotado, que cualquiera tiene un pronto tonto, y otra cosa muy diferente son treinta centímetros rígidos entre las piernas de una y subiendo hacia el altar mayor–, la joven se ha vuelto intrigada hacia Silvestrín y ante la cara de sorpresa de éste –que por el rostro desencajado de la joven que le mira con intensidad ha optado por poner una beatífica sonrisa de inocencia–, le ha plantado un sonoro bofetón –no sin antes comprobar ella con cierta decepción dibujada en su cara que el acosador sólo portaba una caja de madera entre las piernas– que ha resonado por todo el autobús.

Los murmullos, y algún sonoro epíteto que le equipara con los gochos, han acompañado a Silvestrín –que no ha encontrado ninguna forma elegante de explicar cómo el enhiesto estuche de sus

termómetros ha generado la comprensible alarma en la joven y su explicable reacción, pero que ha sido un movimiento espontáneo e incontrolable— hasta llegar frente al malencarado y amenazante cobrador. “Y ahora el señorito crápula no tiene cambio” , ha comentado éste traspasándole con la mirada cuando Silvestrín ha depositado cuidadosamente ante él la peseta tan trabajosamente extraída de las profundidades de su pantalón. Le ha entregado el cobrador una vuelta de ochenta céntimos que esta vez ha preferido Silvestrín mantener bien sujetas en sus manos —aunque su madre le suele decir que no lo haga, pues el dinero deja un olor horrible, que a saber por qué clase de manos habrá pasado— al objeto de evitar más incidentes equívocos.

Ha avanzado Silvestrín mohíno y cabizbajo, aunque saca la cabeza a la mayoría de los usuarios del bus, hasta la puerta de salida del autobús para así mejor controlar el posible escape del mismo de su perseguido. Intentando pasar desapercibido después del involuntario revuelo que ha creado, se entrega con disimulo a la observación de sus compañeros de viaje. Aunque ha subido mucho personal en la parada anterior, la mayoría han ascendido al piso superior y la plataforma está casi despejada. Los trabajadores —obrero es una palabra con indudables connotaciones marxistas que, por ello, Silvestrín evita utilizar en la medida de lo posible— se reconocen por sus viseras matritenses y sus fiambreras llenas de tortilla de patata con pimientos verdes, y son mayoría en el autobús. En esta distraída panorámica que está trazando, no puede dejar de reparar en lo próximos que se encuentran dos jóvenes, un chico que parece un estudiante de derecho, con sus libros bajo el brazo, y una chica, con aire de ser secretaria o mecanógrafa, a pesar del mucho sitio libre que hay a su lado.

Tan próximos se encuentran que se diría que deben ir incómodos, aunque las sonrisas felices de ambos parecen indicar lo contrario. Los continuos frenazos y acelerones del conductor, con movimientos de vaivén de los pasajeros y muchas protestas, no parecen incomodar lo más mínimo a los jóvenes, algo que sorprende sobremanera a Silvestrín, que se mueven en sincronía. Los libros del estudiante están colocados de tal forma que ocultan a los ojos de Silvestrín partes interesantes de la anatomía de la joven aunque en estos momentos casi lo agradece. Los movimientos sincopados y sincronizados de ambos, incluso en ausencia de los frenazos bruscos del inexperto conductor del autobús, empiezan a llamar la atención del resto de los pasajeros, y pronto se escuchan algunos murmullos. “¡Qué poca vergüenza tiene

la juventud! ¡Y qué descocadas ellas, que no tienen decencia y son peores que ellos! ¡En mis tiempos iban a arrimarnos el pepino al higo en público!” oye decir Silvestrín a una venerable anciana de blancos cabellos próxima a él que deja escapar salivazos entre los huecos de su dentadura. La enigmática frase, cuyas connotaciones botánicas no alcanza Silvestrín a comprender, sorprendentemente hace sonreír a los zafios obreros que presencian la escena, lo que motiva unas miradas furibundas de la vieja hacia ellos.

El sacerdote que se coló en el autobús, vestido con sotana abotonada y ribeteada en gris, deja de leer su breviario y se gira para mejor valorar la escena del contacto íntimo al que ahora ya se encuentran entregados los dos jóvenes sin pudor. Sus rostros juveniles están bañados por un aura beatífica –el de ella recuerda a Silvestrín a la joven del anuncio del café– y parecen entregados a alguna suerte de reflexión conjunta, ajenos por completo del mundo que les rodea. Tras dos frenazos bruscos del autobús que son recibidos por los jóvenes, ausentes ahora totalmente del resto del pasaje, con sonidos guturales de evidente satisfacción –lo que sigue provocando la sorpresa de Silvestrín, incapaz de entender que tales estrecheces puedan ser tan deleitosas como un café matutino–, cuando el joven deja caer sus libros con desidia, se desengancha de la barra del autobús y sus manos, ávidas de los femeninos pechos y completamente entregadas al vicio de la carne –denominación que ahora empieza a entender Silvestrín se refiere a las prietas carnes femeninas–, amasan –con evidente satisfacción por parte de ambos, pues la mujer se sujeta con ambas manos al respaldo de uno de los asientos sin hacer amago de librarse de las manos que la oprimen sin que tales apretones parezcan incomodarla, antes al contrario– las femeninas formas de que Dios ha dotado a la mujer para amamantar a sus retoños.

La voz de Zeus tonante del religioso se alza por todo el autobús, lo que saca a los jóvenes de su estado de entrega a la meditación y al manoseo. “¡Lujuriosos, pecadores, blasfemos!”, truena la potente voz del cura, cuyas miradas desorbitadas y sin disimulo a los pechos casi desnudos de la chica no pasan desapercibidas a Silvestrín. Semejante escándalo llama la atención de un pasajero de rostro afilado y cetrino que hasta ese momento se ha concentrado en la vigilancia de un joven con el pelo largo y aspecto de haber leído a Marx sin entenderlo, el cual hojea una hojas ciclostiladas en las que hay impresos hoces y martillos con profusión.

El tipo, de aspecto patibulario y chulesco, deja la vigilancia del

joven subversivo y se acerca al cura, que le señala con evidente malestar a los jóvenes promiscuos. “Estos lúbricos concupiscentes, pecadores, ...” añade titubeante y enfadado el sacerdote señalándoles con su dedo acusador sin dejar de observar las arreboladas mejillas de la joven, que está realmente guapa. Ellos, así señalados, miran sorprendidos a su alrededor, como si despertaran de un sueño en medio de la gente. “Policía social. Acompañenme”, dice el siniestro pasajero de la gabardina a los jóvenes sin mostrar ninguna identificación a la vez que les toma por los codos. Les lleva a rastras hasta la puerta y ordena al conductor que pare. Las protestas de éste, comprensibles en un trabajador responsable y con sentido del deber hacia el tráfico rodado, indicando que allí no hay parada, son acalladas por el policía que lanza un exabrupto. El joven, con problemas para caminar erguido –probablemente debido a la impresión recibida, es lanzado escaleras abajo– y con una gran mancha en sus pantalones beige claro –sin duda por incontinencia urinaria asociada a la impresión recibida, que a Silvestrín a veces también le pasa– desciende del autobús seguido del policía y la mujer.

Después de este nuevo incidente, Silvestrín está muy agitado. Felizmente, observa cómo este viaje interclasista –él, clase media pudiente, mezclándose con el proletariado más lúbrico, una mezcla interesante– en un medio de transporte público, llega a su fin, pues el sujeto que viene siguiendo pulsa el botón que indica al conductor del autobús que tiene intención de abandonarlo en la próxima parada. La señal acústica llega nítida a los oídos del conductor que con un frenazo en seco lanza a los pasajeros hacia adelante, movimiento involuntario debido a la ley de la inercia. Dando tiempo a que el sujeto descienda, lo hace él mismo y le sigue a la distancia suficiente que la prudencia aconseja.

Nada más descender del autobús, el hombre se ajusta el sombrero y se dirige rápido hacia la entrada de la fábrica, con las letras de la palabra Nescafé colocadas en grandes letras mayúsculas en su fachada. Tampoco la tilde sobre la última letra ha sido olvidada, como no puede dejar Silvestrín de observar con satisfacción, cumpliendo así con el precepto de la Real Academia de acentuar las mayúsculas cuando lo permitan las condiciones tipográficas. De las dos sendas en las que se bifurca el camino de la entrada, una en la dirección de la flecha que indica fábrica y otra en la dirección de la flecha que pone oficinas, el hombre elige la de las actividades administrativas. Silvestrín no sabe qué hacer, pero nada más ver desaparecer

al hombre y su paquete de trapos atados con los termómetros tras la puerta de las oficinas, sabe que debe seguirle sin la menor duda.

Al franquear la doble puerta de cristal que da entrada a las oficinas de la empresa –modalidad de acceso que su adelantado padre está sopesando colocar en su propio negocio, aún a riesgo de la evidente fragilidad del material–, verdadero orgullo empresarial de la pujante industria regional, se encuentra Silvestrín en una agradable sala de espera, decorada con un sofá de mullido *eskay*, algunas butacas y sillas y una mesita con algunas revistas. Mientras observa a su alrededor, comprueba que el hombre del bigote que tiene los termómetros a los que viene siguiendo se ha internado por los laberínticos huecos que hay entre las mesas que conforman este espacio administrativo, protegido por un pequeño mostrador. El hombre se interna en un despacho también acristalado. Deja la gabardina y el sombrero en un perchero de pie y deposita los termómetros sobre su mesa. Todo en estas oficinas, desde las amplias y blancas mesas hasta la iluminación de fluorescentes, denota un luminoso y eficiente estilo suizo, completamente alejado de las siniestras oficinas, con pintura desconchada en las paredes y mesas de madera combada, que el gobierno civil de la provincia tiene en la capital y que Silvestrín ha visitado ha poco acompañando a su padre a renovar su permiso de actividades comerciales. Las máquinas de escribir eléctricas resuenan alegres en su tableteo en contraste con las máquinas de escribir antediluvianas de las oficinas del registro mercantil.

Sin dejar de suspirar por la distancia que tecnológicamente nos sacan los suizos, ya está pensando Silvestrín en retroceder hacia el exterior para así meditar mejor su estrategia de cara a sortear esta inesperada barrera humana y material que se interpone entre él y el tipo que tiene sus termómetros, cuando una risueña, y agraciada, joven se le acerca para preguntarle amablemente que qué desea. “Recuperar mis termómetros”, es la sentida frase que pugna por salir de sus labios, pero sabe que tal expresión no sería comprendida por la agradable joven que le interroga y que tal vez diera lugar a algún otro tipo de desagradable confusión, posibilidad que debe evitar a toda costa.

– Buenos días –dice sonriendo e intentando ganar tiempo para pensar alguna frase ocurrente. El rostro de la joven tiene una ligera semejanza con la chica del anuncio de café del autobús y Silvestrín duda un instante–. Tengo entendido que tienen ustedes aquí una de las fábricas de café soluble más adelantadas de Europa, y tal vez del

mundo, dicho sea sin desdoro hacia la laboriosidad de los norteamericanos –añade sonriendo–, y me gustaría visitarla en mi condición de estudiante universitario que realiza su doctorado en áreas de la química afines a sus métodos de producción.

La pretensión de Silvestrín, que es consciente de lo endeble de su excusa y de la mentira que acaba de decir, parece sorprende a la joven, que le observa sin saber qué contestar. Finalmente sugiere a Silvestrín que espere allí, que va a evacuar consultas con el ingeniero jefe de la planta. Se aleja la joven dando la espalda a Silvestrín, lo que lleva a éste a una involuntaria, y muy favorable, valoración de las diferentes redondeces de la joven en su caminar cimbreante hacia la autoridad ingenieril, prueba visual que confirma su anterior impresión. La perfecta dicción de la joven sugiere unos estudios superiores, formación avanzada que le habrá permitido sin duda ascender hasta el puesto de alta responsabilidad que ahora ocupa.

Ante la sorpresa de él, la joven se dirige hacia el habitáculo de cristal que ocupa el hombre al que viene siguiendo. Mientras Silvestrín observa con cierta aprensión el movimiento de brazos de la joven mientras se gira hacia él a la vez que charla con el señor de bigote, que luce un elegante traje completo tipo príncipe de Gales, su ágil mente está tramando la forma de internarse en las profundidades de la fábrica para sin llamar la atención acceder a ese despacho y recuperar sus preciosos instrumentos de medida. El señor de bigote se levanta por fin con aire cansino y se dirige hacia él. Se planta ante Silvestrín, que tiembla como un azogado al pensar que pueda delatarse, y después del educado deseo de que el día sea bueno, le pregunta por el motivo de su visita.

– Mucho gusto y buenos días –acierta a decir Silvestrín, que recupera pronto el aplomo–. Silvestre Panador, estudiante de doctorado de la facultad de física, para servirle –dice Silvestrín a la vez que sin dejar de apretar su estuche bajo el brazo, extrae de su cartera el carnet que como tal le identifica y que le ha sido proporcionado amablemente por el decanato de la facultad. El tipo del bigote no parece reconocer el estuche de los termómetros, por lo que Silvestrín respira tranquilo. Entre el escudo de España incrustado en el águila imperial y una balanza sobre la tiara papal, el amplio rostro de Silvestrín sonríe confiado desde una fotografía de muy pobre calidad. Mientras muestra el carnet que le acredita como aventajado adalid de la ciencia nacional, su carnet de miembro de la Adoración Nocturna, es también perfectamente visible. Es éste un inocente truco de cosecha

propia del que Silvestrín se sirve en algunas ocasiones y del que está particularmente orgulloso, pues ha comprobado que la pertenencia a tan pía institución le abre muchas puertas que su científica ocupación no consigue ni entornar.

– Me dice Maria Purificación que quiere usted visitar nuestra fábrica –dice el ladrón del ladrón del ladrón de termómetros–. La verdad, no sé si eso es posible, aunque veré qué puede hacerse –añade el tipo mientras mira ambos documentos plastificados.

Y en esta ocasión, felizmente, también funciona el truco del fervor mariano. El ingeniero jefe, don Beltrán Quilizante y Curador –como finalmente se presenta el tipo del bigote ante Silvestrín–, alaba las cualidades de la gente joven que sabe unir a la llamada de la ciencia, que tanto ha de contribuir al bienestar material de nuestra patria, la llamada de la fe cristiana, que ha contribuido, contribuye y contribuirá al bienestar espiritual tanto de nuestra nación como de las naciones que allende los mares han conocido de primera mano nuestro esfuerzo misionero y civilizador. Según informa don Beltrán *motu proprio* a Silvestrín, él mismo formó parte en sus tiempos de estudiante de ingeniería industrial de la Legión de María y ejerció su apostolado mariano en alguno de los barrios obreros de la capital que la canalla roja, marxista y atea, mantenía cautivos en sus redes de vicio y depravación. En ocasiones este apostolado virginal tuvo que ser ejercido con cierta contundencia de medios físicos hacia algunos cabecillas particularmente recalcitrantes –añade don Beltrán con un brillo de nostalgia en los ojos–, aunque con resultados dispares. Mientras algunos trabajadores parecían sensibles a las razones que esgrimía el estudiante Quilizante, otros seguían entregándose a prácticas tan escandalosas como no ir a misa los domingos y provocar a la parroquia tomando el sol en el parque a la hora de misa mayor, por lo que hubo que corregir sus licenciosas costumbres por el bien de su alma inmortal y a despecho de sus cuerpos doloridos. El relato de las penalidades pasadas por don Beltrán en su apostolado suburbial entre los miembros más irreductibles de la clase obrera emociona a Silvestrín, aunque él es más partidario de la palabra hablada antes que de la letra sangrada.

Pero no era aquel momento de nostalgias que tan buenos recuerdos le traían –la sana actividad física de apalear enemigos de España y de la fe a la incierta luz del amanecer mientras se musitaban plegarias marianas y respirando el aire fresco y vivificante de la mañana se descalabraban las costillas de los comunistas que no podían

defenderse-, reconoció con pesar don Beltrán, que indicó a Silvestrín que hiciera el favor de esperar un momento mientras aleccionaba a un prometedor ingeniero, recién ingresado en la empresa, para que hiciera de cicerone con Silvestrín, descubriéndole todos los secretos científicos de la fábrica. Él personalmente tenía que despachar la correspondencia con Mari Puri, su secretaria –“Cosa de aquí te cojo aquí te mato, media hora como mucho, pero que es un rito diario que no puede esperar”, añadió sonriendo picaruelo don Beltrán-, lo que dio a Silvestrín una idea clara de su laboriosidad feliz y entrega agradecida a la empresa cafetera.

Mientras la conversación tenía lugar, no ha perdido Silvestrín de vista el despacho de don Beltrán, donde están sus termómetros, por si alguien ha entrado. Pero nadie lo ha hecho. Don Beltrán ha atravesado la sección administrativa para internarse en lo que sin duda es la sección de producción, pues está llena de tubos, depósitos y personal vistiendo buzo de trabajo, para terminar por entrar de nuevo en el pequeño cuarto acristalado colocado en una de las esquinas de la nave. Ya con la pieza a cazar a buen recaudo, se dispone Silvestrín a esperar al joven ingeniero que le ha de mostrar la planta y su oportunidad de entrar en el despacho de don Beltrán. Sobre la mesa de la zona de espera hay varias revistas, entre otras *Lecturas*, una de las favoritas de su madre y que él habitualmente hojea con una mezcla de aprensión –a su madre no le gusta que lo haga- y espectación. Él pagaría a gusto las dos pesetas que cuesta un ejemplar, pero un amago de comprarsela en una ocasión al kioskero de su barrio –la excusa de que la quería para su madre no le sirvió, pues el kioskero, antiguo guardia civil al que las heridas en combate, pérdida de la mano derecha, en la defensa del Alcazar de Toledo le habían valido aquella concesión del puesto de revistas y periódicos, llevaba un control exhaustivo de sus ventas y esa quincena su madre ya había adquirido la revista-, terminó con un discurso a gritos contra la perniciosa práctica de la masturbación – motivada seguramente por la visión en portada de hermosas princesas europeas en plena flor y juventud, cuyas correrías mundanas le interesaban mucho-, mientras agitaba arriba y abajo su mano izquierda formando un círculo con los dedos ante un coro de señoras clientas que asentían con furia homicida y miradas asesinas a Silvestrín a las palabras del ex-guardia civil. Entregado a estos desagradables pensamientos, observa Silvestrín cómo don Beltrán se encierra en su despacho con Mari Puri a la vez que echa las cortinas venecianas que le protegen de las miradas del exterior y las orienta

de tal forma que su despacho se convierte en un templo de intimidad, hurtando a la vista del exterior la entrega al trabajo esforzado que tiene lugar en el interior. Esta profesionalidad y riguroso aislamiento en que don Beltrán responde a las cartas comerciales con la ayuda de su secretaria y el ritual desplegado impresionan a Silvestrín, que reconoce un buen profesional allí donde lo encuentra, por muy ratero de termómetros que sea.

Así que aprovecha que don Beltrán y Mari Puri están entregados a diversas prácticas postales, y se dedica a hojear a gusto la revista sin incurrir en ningún tipo de delito, puesto que es evidente que estas revistas se encuentran aquí para que las visitas las puedan leer. Se entera entonces Silvestrín de que la princesa Gracia de Mónaco –que bajo el nombre de Grace Kelly ha sido siempre una de sus actrices preferidas, toda ella límpida belleza rubia, elegancia señorial, cristiana devoción y virginal llegada al altar, el ideal de mujer que su madre quiere para él–, acaba de dar una heredera al pequeño principado de Mónaco, diminuto enclave del que Silvestrín sólo conoce que hay ubicado en él un famoso casino. La recién nacida responde al nombre de Carolina de Mónaco, y espera Silvestrín, con una punzada de culpabilidad al hacerlo, que la niña se parezca más a la hermosa madre que al principesco padre, cuyo proverbial tamaño de cabeza es el asombro de los joyeros que le construyen las coronas principescas. Sin duda, Gary Cooper, mentor espiritual de la joven actriz en sus primeros años de carrera se sentirá también muy feliz por la noticia.

Después de esta, sin duda, esperanzadora nueva, puede leer Silvestrín otra desasosegante noticia, no tanto por su contenido como por sus protagonistas, mujeres que logran confundir todos sus sentidos, de tal forma que el tacto se le confunde con la vista y ésta con el gusto –mientras inconscientemente acaricia las fotos a la vez que las mira, suele acontecerle una sobreproducción abundante de saliva que le hace babear–. La revista explica, con gran lujo de documentación gráfica, que se ha abierto una guerra entre Marilyn Monroe –la favorita de Silvestrín, a despecho de su origen norteamericano, espléndida cuando ameniza una película con sus canciones y sus movimientos sinuosos–, Sofía Loren y Gina Lollobrigida. Aunque Sofía es seis años más joven que Marilyn y Gina, y pesa dos kilos menos que ellas –cincuenta y ocho espléndidos kilos en el caso de la Monroe (como se dirige al pensar en ella Silvestrín, pues entiende que no tienen tanta confianza como para tratarla de Marilyn, aunque bien quisiera) repartidos en el metro setenta con más mullidas pro-

tuberancias, su padre se refiere a ellas sólo como protuberancias, lo que no hace justicia a su firme prestancia y mullida sensación, que nunca ha visto-, Silvestrín prefiere la serena belleza de la justa sazón de éstas a la saludable juventud de aquella.

Y cuando ya se lanzaba Silvestrín por el proceloso camino de comparar medidas de busto, cintura y caderas –tres *items* que le enloquecían en sus propios significados físicos- de las tres actrices, aparece el prometedor ingeniero que le va a mostrar la fábrica.

– Buenos días, soy don Roque Brantahuesos y don Beltrán me ha llamado por teléfono para decirme que me ha encomendado la delicada tarea de mostrarle a usted nuestras instalaciones fabriles y ofrecerle toda suerte de detalles técnicos cuando su natural curiosidad de científico así lo demande –dice con un tono de voz que no gusta nada a Silvestrín, cosa rara en él, pues es dado a congeniar enseguida con los extraños. Su pelo peinado hacia atrás con brillantina y su bigotillo insignificante, contribuyen a esta sensación de desagrado-. Por aquí, por favor.

Mientras le sigue Silvestrín, el señor Brantahuesos le interroga sobre su mentor científico, el profesor que le está dirigiendo la tesis, excusa que Silvestrín ha utilizado para colarse en la fábrica y que ahora se vuelve contra él.

– Mi director de tesis es el profesor Santiago Londrino, prodigio de erudición, cumbre del rigor científico y maestro ejemplar de promociones agradecidas de alumnos –dice con sentimiento Silvestrín.

Si pensaba que el nombre del profesor Londrino le iba a ganar el corazón del joven ingeniero, pronto se desengaña, pues al oír ese nombre, don Roque estalla en un sorprendente paroxismo de improperios, a pesar de que pronto hace un esfuerzo notorio para cesar en sus invectivas –algunas muy graves acusaciones y de dudoso gusto hacia la madre de don Santiago, y otras con contenidos escatológicos en diversas medidas y proporciones- contra el profesor, por lo que sospecha Silvestrín que el nombre de don Santiago no le evoca al señor Brantahuesos recuerdos muy agradables. Del habla poco articulada y onomatopéyica del ingeniero –por un momento teme Silvestrín que se haya machacado un dedo con uno de los cajones de su mesa que ha cerrado bruscamente al oír el nombre del profesor- deduce Silvestrín que don Santiago le tuvo de alumno, o el señor Brantahuesos le sufrió de profesor, durante más de cuatro años, consiguiendo librarse de su tutela científica gracias a un cinco raspado. Los vívidos recuerdos que evoca el nombre del profesor en el joven ingeniero se trasladan a

su cara en forma de rosados rosetones en sus arreboladas mejillas.

Pero poco a poco se va relajando la tensión de don Roque, que comienza por explicar a Silvestrín cómo el café, que viene principalmente de la africana provincia lusitana de Angola y que adquieren a precios muy competitivos –debido a unos acuerdos entre los blancos dueños portugueses de las plantaciones y los morenos recolectores autóctonos, muy favorables para ambas partes– es torrefactado y molido para ser posteriormente sometido a diversos procesos físicos y químicos que a continuación le va a explicar, entre los que la liofilización –palabra que Silvestrín escucha por primera vez– juega un papel fundamental, verdadera muestra de la aplicación y conocimiento de la colaboración entre la industria helvética y la inventiva nacional. Pero citar los procesos térmicos que tienen lugar en la planta y volver el habla descontrolada a don Roque y el nombre de don Santiago a ser pronunciado entre espumajos es todo uno. Pero como amaina la tormenta, don Roque vuelve pronto a tranquilizarse.

– ¿Y no han pensado nunca en fabricar un café soluble en el que las aromáticas y sabrosas virtudes del mejor café estén separadas de su bien probada, y ciertamente útil, capacidad de producir insomnio? –pregunta inocente Silvestrín, para el que degustar de una buena taza de café, con leche condensada de la misma y acreditada marca Nestlé que fabrica el café soluble, implica una horas de saludable despeje y agilidad mental, pero que supone un problema cuando ya la tarde va vencida, pues en los casos en los que ha tenido la inconsciencia de degustar un café con leche a esas horas, no ha conseguido pegar ojo en toda la noche. Lo que aparte de ser molesto en sí mismo, implica escuchar las amorosas discusiones que la joven pareja que ocupa el piso contiguo al suyo mantiene cuando el esposo exige el cumplimiento del débito conyugal –una especie de deuda, supone Silvestrín que es–, por parte de su esposa –hermosa mujer a la que Silvestrín tiene el gusto de conocer, por lo que entiende que el marido exija que le pague varios plazos cada noche–, así como los apagados y agónicos suspiros de ambos –son muy discretos en sus escarceros venéreos– cuando ésta por fin parece consentir en devolver a su marido lo que le debe y quedarse ella misma tan a gusto, que ya se sabe que el que paga descansa y el que cobra más.

El ingeniero le observa como la leona que observa a la cría de ceбра solitaria –supone Silvestrín, que tiene realizadas lecturas muy evocadoras de las vastas regiones sin civilizar de África en las que pastan los animales salvajes acechados por las fieras, aunque a él le gusta

más verlos en documentales del No-Do, que siempre se gana en efectividad pedagógica lo que se pierde en imaginación-, preguntándose si su interlocutor es tonto o se está riendo de él.

– ¡Café desprovisto del principio activo de la cafeína! –dice con suficiencia y sarcasmo el ingeniero-. Es decir, ¡café descafeinado! nada más y nada menos –añade con una sarcástica mueca de desprecio y un punto de violencia hacia un Silvestrín que le trae dolorosos recuerdos de don Santiago-. La conexión inarticulada de ideas antagónicas están bien para los filósofos existencialistas alemanes –añade don Roque evocadoramente a partir de sus lecturas de Heidegger y Kant mal asimiladas-, pero no para nosotros, hombres de ciencia primero y hombres de negocios después.

Silvestrín no puede por menos que recogerse en sí mismo, contrito, ante los razonables argumentos de don Roque. Justo cuando es la una del mediodía, escucha Silvestrín cómo suena la sirena de la fábrica. Supone que es el cambio de turno, cuando el ingeniero habla de nuevo.

– Hora del Ángelus –dice éste con cara de recogimiento. Silvestrín, que pensaba que en toda España la hora del Ángelus era a las doce del mediodía, pone cada de sorpresa, lo que es observado con satisfacción por el ingeniero-. Aprovechamos el cambio de turno para que recen un poco estos obreros ateos. Cuando lo hacíamos a las doce causaba muchos problemas en la producción, pues fingían una devoción que no sentían para trabajar menos. ¡Siempre el taimado proletariado marxista! –masculla don Roque, cuya afición infantil a azotar al servicio de su casa tuvo que ser corregida en un colegio público inglés. Desde su paso por el internado británico ha desarrollado una extraña afición a ser azotado en las nalgas que es aplacada una vez al mes en “El loro azul y carmesí”, local en el que cada vez que coincide con don Santiago está dos días sin poder sentarse de lo mucho que se tienen que aplicar las mozas del local para que se le vaya el cabreo –.

El que parece muy devoto de esta hora del Ángelus es don Beltrán, pues justo en ese momento se levanta una de las persianas venecianas de su despacho y se le puede ver a él arrodillado en el suelo, como vencido por el agotamiento pero con el rostro inundado de una paz beatífica, y a Mari Puri, que es quien ha subido las persianas, con todo el cabello alborotado, la camisa desabotonada dejando entrever la blanca tela del sujetador a la vez que se ajusta la falda, actividades todas que dan una idea de lo duro que debe ser escribir cartas comerciales en alemán y francés. Nota Silvestrín que está Mari Puri arrebolada como cuando sus primas de Cáceres le retan en la playa

a correr los cien metros, que acaban sudorosas y con las mejillas coloradas, sanas y apetecibles como manzanas.

Mientras desde el suelo don Beltrán aprovecha el Ángelus laboral para dar gracias a los cielos por los muchos dones recibidos, algunos de los trabajadores se afanan corriendo con rapidez hacia la salida para mejor aprovechar esta pausa del Ángelus, mientras otros se recogen en su lugar de trabajo musitando plegarias que Silvestrín no consigue llegar a entender, aunque por las caras transportadas de algunos de ellos, deben estar dando las gracias por tener un trabajo tan interesante y, sobre todo, por trabajar con unos patronos con tan cristiana preocupación por el alma de sus trabajadores.

– Pero aquí no hay sólo acción productiva capitalista –dice serio don Roque–. El interés social de nuestra empresa nos lleva a dotar a nuestros trabajadores de las mejores condiciones higiénicas para el desarrollo de su tarea.

Mientras don Roque intenta no reírse demasiado, Silvestrín pretende no perder de vista a don Beltrán dentro del cuarto acristalado, echa una ojeada a las instalaciones en las que se cambian los trabajadores. Las taquillas de metal, descascarilladas y algunas con las puertas dobladas, dejan un pequeño espacio entre ellas, en donde los trabajadores cambian sus azules buzos de trabajo por sus humildes pero limpias prendas de calle. La falta de intimidad y la aparente despreocupación de los trabajadores por exponerse en paños menores a la pública contemplación de sus compañeros sorprende a Silvestrín, aunque ya ha leído algo sobre la impudicia consustancial a la clase trabajadora –puesta de manifiesto en aquellos batallones anarquistas que combatieron al Movimiento Nacional, y en el que hombres y mujeres compartían las trincheras y algo más, comentario que don Crispulo suele hacer con una mirada equívoca en los ojos cuando evoca sus años de luchador en el bando nacionalista–, suerte de filosofía de vida natural que nuestra Madre Iglesia está corrigiendo con gran efectividad gracias a la ayuda inestimable de las fuerzas vivas del país.

Con urgencia repentina, Don Roque se aleja hacia uno de los mingitorios instalados para que los trabajadores puedan evacuar sus propios fluidos. En una de la taquillas abiertas puede contemplar Silvestrín una bandera roja con los infames símbolos comunistas de la hoz y el martillo, en amarillo contraste con el rojo sangre del resto. Cuando el obrero que se encuentra frente a la taquilla repara en que Silvestrín ha reconocido el símbolo no sólo subversivo sino característico de los enemigos de España, le hace un gesto de que se calle,

poniéndose el dedo índice de la mano derecha vertical sobre los labios cerrados que forman una línea horizontal, para añadir a ese un gesto de corte del gaznate con el canto de la mano izquierda cortando el aire a la altura de su cuello. El inequívoco gesto, prueba de la intrínseca maldad bolchevique que anida en el corazón del sanguinario sujeto, llena de espanto a Silvestrín, que se aleja de allí horrorizado.

Y vuelve a la nave fabril justo a tiempo de contemplar cómo en el despacho acristalado ha entrado un sacerdote, quien se encuentra en animada discusión con don Beltrán. La amplia sotana del cura, de un corte antiguo y bastante clásico en lo que parece ser un excelente paño de Béjar, se arrebola mientras él parece argumentar frente al hombre sentado. Lleva el cura un amplio sombrero negro, por lo que no puede verle bien la cara. Ante el espanto de Silvestrín, el mismo don Beltrán que agredió a Bezno extrae un hermoso termómetro del su ajado paquete de trapos y se lo ofrece al cura mientras atrapa con su otro brazo el atado con los restantes termómetros. El cura parece muy indignado y rechaza con fuerza el instrumento ofrecido mientras agita una carpeta roja en la mano.

Reconoce entonces Silvestrín con sorpresa al mismo cura que hace menos de una hora estaba dando la extremaunción al taxista enfrente del cine Bonifaz, casualidad que no deja de maravillarle y que le demuestra lo pequeño que es el mundo. Deja el cura la carpeta roja encima de la mesa de don Beltrán a la vez que con la ayuda de un cenicero de grueso vidrio –un recuerdo de Murano, presente de un italiano que se lo cambió al padre de don Beltrán por un potaje de garbanzos cuando llegó hambriento a Soria huyendo de la batalla de Guadalajara– proporciona al sentado señor Quilizante una razón tan contundente en el parietal izquierdo que éste se queda momentáneamente sin habla debido a la justa argumentación así expuesta. El choque del vidrio lanzado a toda velocidad contra la osamenta del cráneo de don Beltrán produce el quejido característico del hueso astillándose, sonido que llega hasta Silvestrín amortiguado por la cristallera. Puesto que sólo las persianas venecianas que dan a la fábrica han sido levantadas por la secretaria, únicamente algunos obreros indiferentes asisten al crujir de huesos de don Beltrán.

Aprovechando la confusión de ideas que el vidrio dotado de mucha energía cinética ha producido en la cabeza de don Beltrán, con un gesto rápido el cura se hace con el paquete de termómetros a la vez que se gira para comprobar si el nuevo turno de obreros ha llegado –pero no, Silvestrín está sólo en la nave–, lo que obliga a Silvestrín

a esconderse con igual rapidez detrás de una columna. Más tranquilo, el cura intenta arrancar de las manos cerradas como garfios sobre el termómetro de su inconsciente oponente dialéctico, lo que no consigue, a pesar de que la cabeza de éste reposa sobre el escritorio después de añadir al golpe en el parietal un golpe frontal contra la impenetrable formica que ha hecho crujir toda la mesa. Seguramente debido a que la efectividad del golpe primero ha dañado partes del cerebro que actúan por su cuenta, el hombre no suelta su presa, por lo que el cura, con evidente prisa por abandonar el recinto, cesa en sus intentos de arrancarle el termómetro, a la vez que recita sonoras jaculatorias en las que tiene un recuerdo para la madre de don Beltrán, expresando en alto sus dudas sobre su virtud y sus certezas sobre una vida de lenocinio.

El cura sale del recinto acristalado y se marcha por la puerta trasera, con lo que Silvestrín se ve enfrentado de nuevo a la disyuntiva de seguir sus termómetros o de recuperar el que allí ha quedado bien sujeto. Opta por esto último, esperando encontrar allí algo que le indique el futuro paradero del cura. Al entrar en el despacho de don Beltrán, él sigue inconsciente y un hematoma de feo color morado empieza a decorar el lado izquierdo de su cabeza rasurada. Pero continúa agarrando con fuerza el termómetro. Sobre la mesa, una carpeta roja tiene un rótulo muy significativo para la mente preparada de Silvestrín: “Seminario de Corbán”, y debajo “Restituto Capelotas, SI, Director”, ambos epígrafes impresos en doradas letras con relieve.

Pero el tiempo apremia y Silvestrín ha de recuperar al menos este termómetro. La jarra de agua que hay encima del archivador es vertida con delicadeza encima del señor Quilizante –lo que no deja de llevar algún remordimiento al corazón de Silvestrín, aunque su sentido del deber triunfa finalmente–, para comprobar que éste no sólo no se despierta sino que ni siquiera hace amago de moverse y mucho menos de liberar el termómetro de sus garras. Con un relámpago de intuición, toma Silvestrín el cenicero italiano que instantes antes ha utilizado el cura como argumento de autoridad para conseguir el cambio de manos de los termómetros, y se pregunta Silvestrín si una segunda argumentación será igual de efectiva. Después de apreciar la equilibrada y fina factura, la pesada densidad y el logrado jaspeado de los colores de cenicero, propina otro contundente golpe al inconsciente don Beltrán en su parietal derecho.

El hueso vuelve a crujir, pero el resultado buscado por Silvestrín se consigue, pues el efecto equilibrador del golpe sobre el cerebro

del hombre hace que éste abra su mano en un movimiento reflejo, instante que aprovecha Silvestrín para recuperar el termómetro, y justo a tiempo de introducir un lápiz entre los dedos del hombre desmayado, que se vuelven a cerrar con fuerza sobre el nuevo objeto cilíndrico, produciendo un efecto benefactor sobre don Beltrán, pues éste emite un gruñido sordo de satisfacción.

Sin peder tiempo reconoce Silvestrín a uno de sus termómetros favoritos, un termómetro que va desde los 200 grados centígrados hasta los 800 grados centígrados calibrado con precisión de dos grados, construido en fino cuarzo y muy útil en la medida de temperaturas de hornos refractarios. Pensar que esta frágil maravilla se podía haber roto mientras don Beltrán se entregaba a la esforzada tarea de escribir misivas con Mari Puri le hace temblar. Felizmente, ese peligro ya ha pasado.

Pero ésta hábil maniobra de Silvestrín reequilibrando la masa encefálica dentro de la caja craneal de don Beltrán ha sido observada por el obrero bolchevique –sugido de los vestuarios con quién sabe qué aviesas intenciones–, que lo ha debido interpretar en clave diferente a la que ha sido su intención, pues le señala con el dedo índice y se ríe. Mientras Silvestrín huye con la carpeta del seminario y el recuperado termómetro en una mano y el estuche bajo el otro brazo, las enigmáticas palabras del obrero, “Bravo camarada, hay que golpear a la burguesía y enajenar los bienes al capital”, ininteligibles para Silvestrín, resuenan en sus oídos.